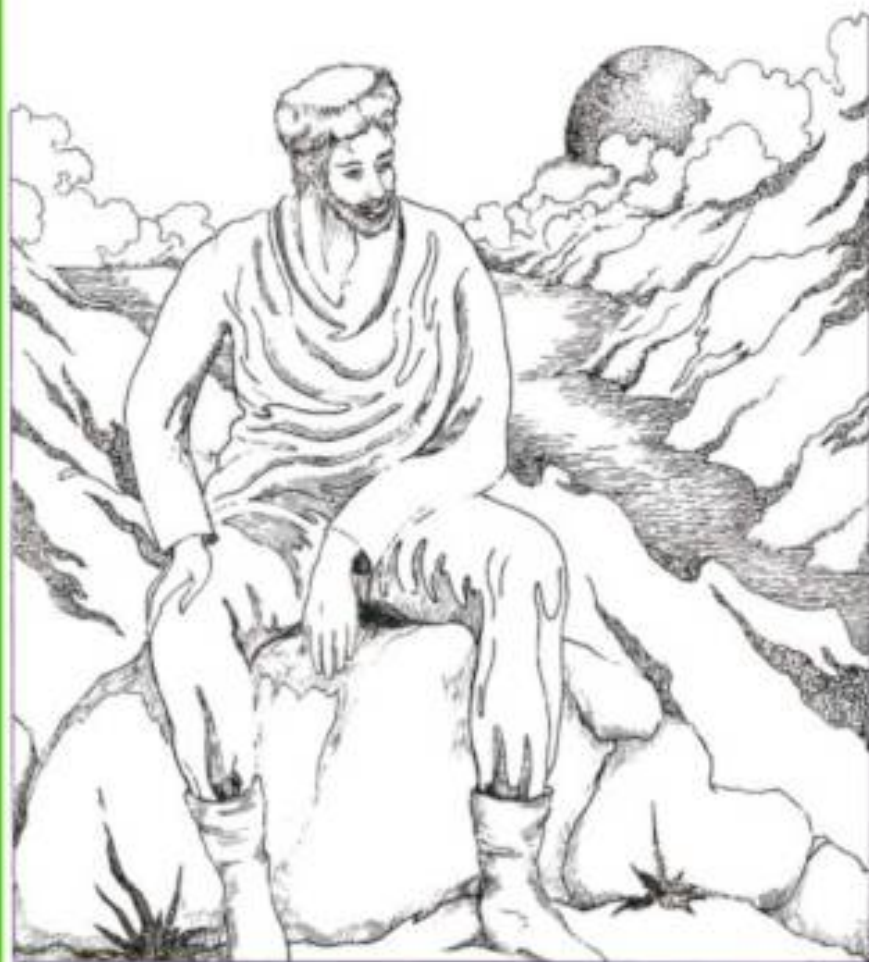


ala delta

Alfonso MARTÍNEZ MENA

**EL ARCA DE NOÉ,
HISTORIA DE UN TRAMPERO**



Howard es un trampero. Vive solo, con la única compañía de un lobo, al pie del monte Ararat, lugar donde Noé construyó su arca. Un día le visitan tres extraños peregrinos, que proceden de mundos lejanos y desconocidos.

Alfonso Martínez-Mena es escritor y poeta. Por su obra para jóvenes fue galardonado con el *Premio Nacional de Literatura Infantil*.

*Para ti, Juan Bautista, para ti,
María, mis hijos.
Y para Alfonso,
que acaba de nacer.*

Índice de contenido

Cubierta

El arca de Noé, historia de un trampero

Howard, el solitario

«Dunker»

El Gran Pez

El viajero amarillo

La llegada de Mac

La Estepa del Ciprés

Tefaj

Una luz en el agua

La aparición del Gran Pez

El arca de Noé

Cambio de color

Los cazadores

La lección de «Dunker»

Howard, el solitario

HOWARD abrió los ojos aquella mañana antes de que despuntara el día. Esto no era nada nuevo, porque el viejo Howard se comportaba de la misma forma desde hacía muchos años. Al abrir los ojos sólo vio las mantas con que se tapaba la cabeza para dormir. Mejor sería decir que no vio nada, pero sabía que aquella oscuridad era el hueco que dejaban las mantas. Luego se destapó y, sentándose en el catre de cuadradas y toscas patas de madera que él mismo se había construido, estiró los brazos desmerezándose y con un rápido movimiento posó los pies en el suelo mientras permanecía sentado. Se rascó la espesa y enmarañada barba con ambas manos y se dispuso a comenzar la jornada.

Esto sucedía en las estribaciones de la cordillera del Ararat, que tanto tiempo al año permanecía cubierta de blanca capa de nieve, en un lugar donde raramente aparecía nadie. En los últimos diez años no había tenido ninguna visita. La pura verdad es que tampoco la deseaba; como no había deseado llamarse Howard y tener tantos recuerdos como tenía. A él le habría gustado no conocer sino aquello: la cordillera blanca en invierno y casi sangrientamente ocre, a trozos, en verano. Pero tenía recuerdos.

Howard se calzó sus gruesas botas, y aun sin atarse los cordones se levantó del catre y salió a la puerta. Para entonces empezaba ya la claridad a querer asomar por la montaña que él llamaba del Amanecer. Seguramente tendría otro nombre en las geografías, pero ¿para qué quería saberlo? A él le bastaba con llamarla montaña del Amanecer.

cer porque por ella empezaba a clarear el día, como llamaba montaña del Anochecer a la que se alzaba por el lado de poniente, tras la que se ocultaba el sol a diario.

Miró en una dirección determinada. En cuanto se decidiera el sol a aparecer y levantara la niebla, podría divisarse allá a lo lejos, minúscula y brillante, la superficie del lago Van, distante más de ochenta kilómetros de la cabaña, una de las fuentes del histórico río Tigris, en tierras de su adorada Armenia.

No siempre se veía el lago, pero cuando las condiciones atmosféricas eran favorables, constituía un espectáculo verdaderamente hermoso.

Después, Howard se volvió hacia el lado opuesto e intentó escudriñar el lugar por el que, sabía perfectamente, discurría uno de los afluentes del no menos importante río Araxes, que engrosa con su caudal el mar Caspio. Todas las mañanas hacía lo mismo y se sentía feliz.



Howard entró de nuevo en la cabaña y prendió el fuego para hacerse café. Esto del café era la única costumbre que le quedaba de la civilización, de sus años mozos en Norteamérica, donde, unido a la colonia de armenios, había desempeñado toda clase de oficios humildes, hasta que tuvo oportunidad de regresar, de volver a su país, a su tierra que nunca había olvidado.

La última profesión que tuvo fue la de peluquero. Seguramente ésa era la razón de su barba. No le había gustado jamás el oficio, pero... había que vivir. Había que cortar el pelo a las gentes y afeitarles los rostros hasta dejarlos brillantes y limpios, perfectamente rasurados. Se prometió a sí mismo, al abandonar aquello, que no volvería a coger una navaja. Y lo cumplió. Al principio le resultaba molesto, le picaba el vello más de lo que era menester, pero terminó acostumbrándose, y ahora su enorme barba le daba una apariencia medio patriarcal, medio de mendigo, de la que se habría sentido satisfecho si hubiera dispuesto de un espejo para poder contemplársela.

Cierto que a veces se había visto el rostro reflejado en el agua de un pequeño arroyuelo que hacía remanso cerca de la cabaña, pero eso no era suficiente para darse exacta cuenta de su apariencia; y, cuando bajaba, muy de tarde en tarde, a comprar su café a una pequeña aldea, distante treinta o cuarenta kilómetros, no había querido ni pasar por la puerta de la peluquería, ni siquiera contemplarse en el destartalado espejo del almacén de comestibles donde hacía sus provisiones, siempre para muchos meses.

A Howard le habría gustado llamarse Aram, o Atrop, o... cualquiera cosa; pero se llamaba Howard. Eso no podía remediarlo, y vivía en una cabaña construida por él mismo a base de troncos gruesos malamente desbastados que no albergaba casi nada aparte de su catre, un par de bancos de madera y algunas pieles curtidas por sus manos, pertenecientes a los animales de que solía alimentarse. A él no le gustaba matar animales, ni siquiera para alimentarse, pero tenía que hacerlo. Era tan pobre que sólo vivía de eso. En América no ahorró sino lo estrictamente necesario para escapar de allí, y ahora vendía las pieles en el mismo almacén en que compraba el café y media docena más de cosas absolutamente esenciales.

Bajaba a la cañada donde tenía colocadas sus trampas, y difícilmente dormía aquella noche. Estaba pendiente del

menor ruido, de la menor señal de que había sido apresado cualquier animal, para llegar inmediatamente a rematarlo y que no sufriera. Esos días ni siquiera iba a dormir a la cabaña. Se quedaba agazapado con su rifle entre las manos, envuelto en mantas, a pesar del enorme frío que hacía por las noches, aunque fuera en época de verano. Todo antes de permitir que los animales sufrieran más de lo necesario.

Sus piezas eran jabalíes, osos, gacelas..., y también martas, armiños y gamos, muy apreciados por sus pieles.

La carne la cortaba en trozos, que salaba cuidadosamente y colgaba a secar en el interior de la cabaña. El jabalí constituía la base fundamental de su alimentación, porque Howard era parco en sus comidas y con poco solía alimentarse. Estoy seguro de que otra de las cosas que habría ambicionado era poder pasarse sin comer. Si no tuviera que hacerlo, tampoco se habría dedicado a trampero y habría vivido mucho más tranquilo sabiendo que no hacía daño a nadie.

Cuando tuvo el café, humeante, en su vaso de lata con un asa, cogió unos trozos de una especie de torta que preparaba con las semillas de ciertas plantas harinosas que crecían en las laderas. A esto le llamaba «maná», y tenía la característica, además de servirle de pan, de endulzar considerablemente el café. Lo había descubierto providencialmente. Tal vez por eso lo llamaba «maná». Mojando su torta, salió de nuevo de la cabaña y, después de echarle una ojeada a la techumbre de ramajes y pensar que estaba necesitada de un arreglo antes de que llegaran los duros días de invierno que se aproximaban ya rápidamente, se sentó sobre una piedra plana a terminar su desayuno, mientras miraba a lo lejos el sol saliente y la montaña parecía animarse quitándose el silencio de la noche pasada.

Howard, en esos momentos, se ponía a recordar los tiempos de su niñez, sus años mozos, su época de América, cuando se enrolaba en las partidas que iban a la recogida

de sandías, o a podar los manzanos de las grandes fincas perdidas en el interior de aquel que le parecía inmenso territorio, y ahora se sonreía pensando lo insignificante que era aquello comparado con la grandiosa visión que tenía ante él.

Gigantescos bosques se abrigaban entre los barrancos de la cordillera; luego el terreno iba descendiendo tímidamente hasta la llanura inmensa, enorme, que conducía al lago, y el horizonte no tenía tras sí sino otro nuevo y más lejano horizonte. La naturaleza era la vida, y él, sentado en su piedra mientras tomaba café y «maná», llegaba a considerarse tan importante, tan grande y tan pequeño a un tiempo, que no podía comprender cómo los hombres se empeñaban en hacinarse en las ciudades respirando humo y engaños para sobrevivir en una existencia estúpida y absurda.

Estando en tales cavilaciones creyó observar, allá a lo lejos, un puntito negro que se movía. Apenas si hizo caso, pero algo más tarde, unos minutos después, cuando había terminado su café y lavoteado el vaso de hojalata, recordó aquel puntito y tornó a salir a la puerta de la cabaña. Tras atisbar cuidadosamente volvió a divisar aquello y, poco a poco, llegó a la conclusión de que se trataba de una forma humana animada: un hombre, todavía lejos, se acercaba monte arriba, apareciendo y desapareciendo entre las sinuosidades del terreno.

«Dunker»

CLARO que el probable visitante, quienquiera que fuese, tardaría horas en llegar hasta la cabaña, así que el trampero decidió aprovechar el tiempo.

Primero arregló su camastro, sacudió las mantas, sacó las cenizas a que habían quedado reducidos los leños que ardieron en la chimenea la noche antes, dio vuelta a las pieles puestas a secar y, por fin, se dedicó a aserrar verticalmente un tronco de abeto para conseguir las tablas que necesitaba para sustituir las del roto ventano de la parte trasera.

Ya con el sol salido pegando fuertemente en la fachada que daba a levante, se acordó de preparar el almuerzo de «Dunker», su único compañero y amigo en la inmensa soledad de las montañas. «Dunker» era un hermoso lobo de afilados colmillos y tamaño poco común.

Howard había encontrado al animal cuando era un lobezno casi recién nacido, indefenso en medio de la nieve durante las violentas nevadas de un invierno, hacía ya cuatro años. Lo llevó a su cabaña y le salvó la vida, alimentándolo con un poco de leche en polvo que conservaba, mezclada con «maná».



Al solitario armenio le hizo mucha ilusión el improvisado compañero, pero al llegar la noche le preparó un lecho de hojas secas y trozos de manta a la puerta de la cabaña, para que la loba madre, que sin duda le buscaría, pudiera encontrarlo y llevarlo con ella. Howard sabía perfectamente que los animales, por muy salvajes que sean, jamás abandonan a sus cachorros.

A la mañana siguiente el lobezno seguía durmiendo tranquilamente a la puerta de la choza; sólo se despertó cuando Howard le pasó su mano por la cabeza y el lomo para acariciarlo amigablemente. Entonces el cachorro, que permanecía arrebujado sobre sí mismo como un ovillo, abrió desmesuradamente los ojos y, sin inmutarse, bostezó con ostensibles muestras de apetito. El animal aceptaba como la cosa más natural del mundo el hecho de encontrarse allí, ante aquel hombre barbudo y sonriente —el primer ser humano que vería en su vida— que, inclinado sobre él, le contemplaba verdaderamente satisfecho:

—¡Vaya! Conque todavía estás aquí, ¿eh?

A Howard, desacostumbrado a hablar, le sonaron extrañas sus propias palabras. Otra cosa era cuando se sentaba a tocar la armónica entonando viejas baladas campesinas de su tierra, aprendidas de sus padres en la remota América del Norte, pues él emigró con su familia cuando era un muchacho de trece o catorce años y no las había aprendido en su país. A las canciones estaba acostumbrado, incluso a oírse refunfuñar en voz alta, o casi alta, de forma ininteligible, cuando se sentía contrariado por algo; pero el hablar en tono de diálogo, dirigiéndose a alguien y sobre algo concreto, aunque fuera al pequeño lobo que no podía contestarle, le sonaba enormemente raro.

—¿Qué ha pasado con tus padres, pequeño?

El lobezno, con las fauces abiertas mostrando sus blancos y ya afilados colmillos, miraba fijamente a Howard, y lo hacía sin el más mínimo síntoma de extrañeza, como si la figura del hombre le fuera familiar y querida.

—Pobrecito. Mamá loba debe de haber estado muy atareada para no venir en tu busca, ¿verdad? Pero no te preocupes que aquí estoy yo para cuidarte mientras tanto.

Mamá loba no vino. Debió de morir, sepultada por un alud de nieve, o quizá no se atrevió a acercarse a la choza, cosa poco probable. Howard, cada vez que durante las noches escuchaba los aullidos prolongados y penetrantes de

los lobos llamándose entre sí, pensaba que alguno sería de la loba madre llamando a su cachorro, y miraba atentamente a su nuevo compañero para observar en él síntomas de quererse marchar, o de entender la llamada de la sangre. Pero el lobezno seguía tan tranquilo, día a día, y creciendo extraordinariamente rápido. Deseó que el pequeño no se marchara nunca, y así sucedió. Le puso por nombre «Dunker», y la loba no dio señales de vida jamás. Así que «Dunker» creció y creció jugueteando cariñosamente con Howard, siguiéndole a todas partes como si se tratara del más dócil de los perritos. Poco a poco fue perdiendo su pelaje listado hasta adquirir el blanquecino clásico de los lobos de montaña y convertirse en un espléndido ejemplar, de más de un metro de alzada, que comía en su mano, dispuesto siempre a protegerle.

«Dunker» había dado buenas muestras de fidelidad hacia Howard y aprendido fácil y rápidamente todo cuanto el viejo intentó enseñarle. Le acompañaba durante sus noches de caza, cuando dormía en el monte en espera de que cayeran las piezas en las trampas, echándose junto a él, ojo avizor al menor ruido que delatara la presencia de alimañas.

Permanecía «Dunker» silencioso e inmóvil como una estatua, y si a lo lejos se dejaban oír los aullidos de sus hermanos de raza, permanecía impassible, consciente de que cualquier movimiento podría estropear la labor de su amo.

En ocasiones le ayudaba a transportar las piezas cobradas, sujetándolas entre sus poderosas mandíbulas, y jamás osaba actuar por su cuenta, ni aparecían en él los supuestos instintos sanguinarios de los lobos. Se había convertido en un animal pacífico, dócil y entrañable, que saltaba de alegría junto a Howard durante sus caminatas, y era capaz de acompañarle cuando bajaba al poblado a hacer sus provisiones hasta el mismo límite que le permitía el trampero.

—Tú me esperas aquí, ¿de acuerdo? —le decía Howard cuando llegaban a la zona en que podrían aparecer los

hombres que considerarían a «Dunker» un peligro y estarían dispuestos a darle caza.

«Dunker» miraba a su amo con ojos inteligentes, y con unos gruñidos se daba por enterado.

—No te muevas para nada; y mucho menos para acercarte al poblado.

«Dunker» no le contestaba con palabras, porque no podía, pero como si lo hiciera. Howard sabía perfectamente que sería obedecido.

Al regresar del almacén el lobo lo recibía con grandes aspavientos; movía el rabo con velocidad vertiginosa y se alzaba de manos sobre el pecho del cazador para lamerle la cara. Así le demostraba su alegría. Howard siempre le traía algo: un trozo de carne de cordero o de vaca, en fin, cualquier cosa; y «Dunker» se zampaba el regalo en un santiamén. Después correteaba delante del amo como abriendo camino. Saltaba de un altozano a otro, volvía sobre sus pasos y tornaba a separarse, como si fuera un explorador que quisiera asegurarse de que el camino estaba expedito.

La nobleza de «Dunker» quedó probada de una vez por todas cuando en una de las salidas para recoger leña, durante un duro invierno en el que la nieve había alcanzado una altura insospechada, Howard pisó en falso y quedó atrapado en una hondonada. La nieve, todavía blanda, había cedido bajo el peso del hombre, y Howard se hundió hasta los hombros. Intentó escarbar a su alrededor para zafarse de la trampa, pero a cada movimiento que hacía se hundía más y más, y apenas le asomaba la cabeza entre la blanca capa de traidora nieve que se lo engullía como si fueran arenas movedizas.

«Dunker» había salido con su amo, como siempre, pero en el momento del accidente se encontraba correteando muy lejos, como solía.

—¡Socorro! —grito Howard, consciente de que no había en muchos kilómetros a la redonda persona humana que pudiera oírle y acudir en su ayuda.